

REFLEXIONES SOBRE LA ARQUEOLOGÍA SUPERFICIAL. VALORACIÓN DE SU PROBLEMÁTICA Y UTILIDAD POTENCIAL EN LOS YACIMIENTOS PALEOLÍTICOS DE LA MESETA

FERNANDO DÍEZ MARTÍN

1. INTRODUCCIÓN

La investigación que sobre las etapas paleolíticas se ha venido llevando a cabo en el centro de la Península a lo largo de los últimos años nos ha tenido bien acostumbrados al estudio de sitios documentados fuera de contextos estratigráficos. Son los ya conocidos por todos como yacimientos¹ “superficiales” o “en superficie”, bien diferenciados de aquellos localizados en posición estratigráfica.

Esta consideración inicial de sitios en superficie o en estratigrafía no es más que una de las varias matizaciones complementarias² que, finalmente, aluden a lo que sería la división en dos grupos básicos de yacimientos (Querol, 1990: 14): *en posición primaria*: donde los materiales se encontrarían en la situación original o próxima de abandono y *en posición derivada*: en los que los restos arqueológicos están fuera de su posición de abandono.

¹ Últimamente algunos autores han negado a los hallazgos superficiales, sean cuales sean sus características propias, la condición de yacimientos, debido a que éstos no poseerían la asociación vestigios-espacio-tiempo que, según ellos, es necesaria a la hora de aceptar un registro paleolítico (Jiménez et alii, 1996: 96). Sin duda este criterio, que aporta nuevos puntos de vista al debate existente a propósito del concepto de yacimiento (Dunnell, 1992: 21-41; Binford, 1992: 43-59; Ebert, 1992: 15-34), pretende dejar marcada la inutilidad de los vestigios superficiales para la investigación paleolítica, lo cual significaría la renuncia a buena parte de la información de que, por desgracia, disponemos. Quizás la revisión crítica que necesitan los análisis dedicados al estudio de materiales descontextualizados, de la que sin duda estos argumentos forman parte, debiera centrarse más en un cambio de las estrategias y planteamientos seguidos hasta ahora que en un categórico desprecio de los mismos, puesto que aún no podemos considerar este recurso arqueológico como eficientemente explotado.

² También podríamos barajar otras variables tales como yacimientos en cueva o al aire libre (Querol, 1990: 14; Santonja, 1992: 40).

Como expresión de lo que es una clara dicotomía, los restos arqueológicos son considerados y clasificados normalmente en relación a las características de su contextualización. La posibilidad o no de relacionar los artefactos con una estratigrafía se ha convertido en un primer criterio básico de adjetivación sobre la información que se puede obtener en cada momento.

Si damos una rápida ojeada a la documentación disponible actualmente para el Paleolítico inferior, a través de los puntos reconocidos en todo el territorio meseteño, resulta fácil encontrarse con un buen número de estos sitios (Santonja y Pérez-González, 1984; Santonja y Villa, 1990; Santonja, 1995) que en algunas ocasiones, bastante frecuentes por cierto, son la única referencia existente para este espacio histórico en los entornos geográficos en los que se sitúan (Castellanos, 1986; Benito del Rey, 1990; Díez Martín, 1996a).

En la mayor parte de los casos los estudios que tratan con este tipo de recursos informativos se centran en un análisis bastante detallado de la industria lítica recuperada, pretendiendo reconocer de este modo, mediante muestras estadísticas lo más sólidas posible (Santonja, 1995: 41) toda una serie de trazas tecno-tipológicas a través de las cuales determinar las habilidades de manipulación de los grupos humanos que elaboraron esos instrumentos y, así, poder adscribir tales conjuntos a un determinado momento de la etapa paleolítica.

Pero, aunque como hemos visto, durante los últimos años una buena parte de los yacimientos consignados, estudiados y citados han tenido la característica de superficiales, parece que en estos momentos los investigadores tienden a mirar con no muy buenos ojos este tipo de evidencias.

Más que a un desprecio total de las mismas, a lo que asistimos es a una falta de confianza en las posibilidades que tales sitios presentan a la hora de ofrecer información de calidad y efectiva sobre diversos aspectos de la vida de las primeras comunidades humanas en los territorios de la Meseta.

En algunos casos esta desconfianza lleva a los paleolitistas a desechar la idea de que esas fuentes puedan servir ya de ninguna utilidad, condenados –como parece que están–, a repetirse a sí mismos y a ofrecer una información poco dinámica o novedosa y tendentes a una lamentable esclerotización que los impide resolver *cuestiones de alcance en arqueología* (Martín Blanco *et alii*, 1994: 36).

Para confirmar esta incapacidad manifiesta del registro paleolítico superficial, se tiende a enumerar toda una lista de problemas que este tipo de materiales no pueden resolver adecuadamente, demostrándose así, quizás de una manera un tanto precipitada, la inferioridad de estos conjuntos respecto a los yacimientos excavados clásicos, que sí podrían solucionar más airoosamente, las más de las veces, todas esas cuestiones.

Se suelen esgrimir, pues, las siguientes razones por las que la investigación a partir de evidencias en superficie aportaría un nivel de información muy reducido y, por lo tanto, sería desaconsejada en la actualidad: – *Los materiales superficiales han sido normalmente muy afectados por diversos procesos postdeposicionales, bien sean de carácter natural o antrópico*. Tanto las fuerzas de la naturaleza (de carácter fluvial en la mayor parte de los casos, puesto que los yacimientos se documentan en terrazas principalmente), como las actividades derivadas de la actua-

ción humana moderna (laboreo agrícola) son capaces de alterar y destruir las relaciones originales de los conjuntos de artefactos.

Se ha considerado que este problema es uno de los fundamentales a la hora de rechazar materiales descontextualizados para su estudio. Parafraseando a Santonja (1995: 41) el problema fundamental, en este sentido, es *la ausencia de homogeneidad de las series*, que en muchos casos se ven sujetas a traslados, mezclas y reorganizaciones de los objetos. Esta dinámica limita en gran medida la integridad de éstas, problema sólo salvable, en parte, por la aplicación de ciertos tests objetivos que puedan ofrecer algunas garantías sobre la homogeneidad, representatividad e incluso sincronía de los materiales.

Es fácil, pues, que en relación a estas apreciaciones, los conjuntos superficiales sean etiquetados directamente como meros *revueltos* (Martín Blanco *et alii*, 1994: 35), valoración tan rotundamente negativa como disuasoria para quien pretenda acercarse a ellos.

– *Los materiales que provienen de contextos superficiales no pueden reflejar de manera adecuada la complejidad de los fenómenos arqueológicos.* La industria lítica, a menudo la única fuente de información recuperada, ofrece una raquítica visión de las actividades llevadas a cabo en estos sitios. Como hemos visto antes, la mayor parte de los yacimientos apenas sí cuentan con series más o menos abundantes de materiales líticos cuyo estudio parece estrechamente limitado a la obtención de datos tecno-tipológicos. La ausencia de otros vestigios no permite elaborar hipótesis sobre las actividades económicas que aquellas paleocomunidades llevaron a cabo en cada yacimiento, ni, en suma, de las complejas relaciones de subsistencia entre el medio y los grupos humanos. La parcialidad de los datos se ve igualmente reflejada, pues, en las inferencias resultantes de su análisis, por lo que existen abundantes opiniones que indican que sólo con los yacimientos en posición primaria podremos acceder a la reconstrucción de los Sistemas de Aprovechamiento de los grupos humanos durante el Plio-Pleistoceno (Querol, 1990:15).

– *Estos conjuntos carecen de potencial analítico al escaparse, principalmente, del control cronológico.* No existen en estos casos, como es lógico, relaciones estratigráficas y valoraciones de contextualización cronológica y, del mismo modo, no es posible disponer de otros referentes tales como datos faunísticos o polínicos. De este modo resulta tremendamente problemático poder ofrecer un marco temporal fiable y mínimamente ajustado para estos yacimientos, que habitualmente han de contentarse con vagas aproximaciones inducidas a partir de caracterizaciones industriales o, en todo caso, de aproximaciones geocronológicas no siempre bien acotadas.

– *Los materiales superficiales están influidos por la subjetividad que impone una recolección arbitraria de documentación.* Además de toda la problemática expuesta anteriormente, la recogida, creación y estudio de colecciones de artefactos en yacimientos superficiales está estrechamente relacionada con otros elementos escasamente objetivos tales como las habilidades del prospector tanto en reconocer los puntos de acumulación de artefactos líticos como para recoger conjuntos representativos estadísticamente, alejados de cualquier selección arbitraria.

– *Los análisis llevados a cabo a partir de artefactos superficiales no pueden producir resultados positivos.* En relación a lo anteriormente expuesto y como corolario de dichas argumentaciones, parece existir hoy en día un cierto

consenso en reconocer la ausencia de resultados efectivos a partir del análisis de yacimientos paleolíticos en superficie. Se constata, parece ser, una nítida *incapacidad de este tipo de yacimientos para aportar datos* (Martín Blanco *et alii*, 1994:36), fuera de los tan repetidos análisis industriales de una u otra inclinación teórica.

De las razones que acabamos de enumerar parece inferirse la idea de que los yacimientos superficiales, a diferencia de los sitios con una estratigrafía conservada, carecerían de la mínima *integridad arqueológica* exigible a cualquier yacimiento para poder presentar una escena o una realidad contrastable empíricamente en el espacio y tiempo.

Parece pues, como nos indica este sucinto repaso al estado de la cuestión de la arqueología superficial paleolítica³, que existe, como indicábamos al principio, una cierta *depreciación de lo superficial* y un común acuerdo en cuanto a las grandes deficiencias que estos yacimientos ofrecen para la investigación.

Sin embargo esta tendencia crítica que parece haberse consolidado en los últimos tiempos, con una buena dosis de razón según lo argumentado hasta ahora, no es nueva. En los primeros ochenta algunos trabajos que se ocuparon del significado de los yacimientos superficiales ya apuntaban las mismas reflexiones sobre la problemática asociada a este tipo de sitios (Lewarch y O'Brien, 1981: 312).

Por tanto, ante este panorama, ¿hemos de rechazar definitivamente los conjuntos superficiales paleolíticos en nuestro análisis, o por el contrario, asumiendo sus deficiencias (por todos reconocidas), hay algún modo de aprovecharnos de ellos y conseguir que aporten información novedosa y de valía?, ¿Están, finalmente, sobrevalorados sus inconvenientes frente a sus posibles ventajas?

Pretendemos a lo largo de estas páginas llevar a cabo una modesta reflexión sobre este aspecto, de una trascendencia teórica más importante de lo que a primera vista pudiera parecer, puesto que para las épocas más antiguas de nuestra Prehistoria no es sencillo hacerse con materiales en posición estratigráfica y, además, resulta aún más complicado toparse con una serie de buena calidad que contribuya de manera eficiente y rotunda a la resolución de cuestiones de interés para la arqueología del Paleolítico.

La acotación de este problema es, decíamos, de cierta envergadura puesto que si hacemos un repaso rápido de los sitios de esta etapa conocidos hasta el momento en la Cuenca del Duero percibiremos de inmediato como, además del gran *corpus* de sitios superficiales que forman el patrimonio de la investigación inferopaleolítica, muchos de los yacimientos situados en contextos estratigráficos reflejan series igualmente cargadas de algunos de los problemas asociados en páginas anteriores a los sitios superficiales (Santonja, 1992: 42).

Ante esta realidad, y puesto que son escasísimas las estaciones en las que podamos encontrar un registro en situaciones ideales de conservación, frente a la abundancia de paisajes arqueológicos superficiales, resultaría rotundamente incon-

³ Creemos que estas valoraciones sirven sobre todo para los yacimientos descontextualizados de épocas remotas, no sólo por la importancia que han tenido los materiales en superficie, sino también porque son los más directamente implicados en esta problemática.

veniente rechazar una fuente de información teniendo en cuenta, sobre todo, la gran escasez de las primeras.

La maduración de esta situación debería, a nuestro juicio, abrir una vía de análisis que tienda a redimir a los sitios superficiales de su desahucio, explorando vías que saquen de ellos el mayor provecho posible a partir de sus cualidades, dejando ya establecido el marco de sus incapacidades. La observación de esas cualidades y la justa acotación de las limitaciones ocuparán las siguientes páginas.

2. ENCUADRE CONCEPTUAL: LOS SITIOS SUPERFICIALES FRENTE A LOS YACIMIENTOS EN POSICIÓN ESTRATIGRÁFICA, UNA DUALIDAD COMPLEJA

Como hemos comentado en la introducción, una de las distinciones más características entre los yacimientos arqueológicos, es la que hace referencia a las condiciones y las cualidades del registro. Así pues, existirían unos yacimientos, sobre los que ya hemos hablado, en los que los materiales aparecen depositados en la superficie de las distintas formaciones geológicas, y habría otros que podrían recuperarse en contextos sedimentarios concretos.

Aunque esta división, de carácter formal, puede ser aplicada a todo tipo de épocas, toma mayor importancia en los sitios paleolíticos, en los que el carácter de superficial, en el caso de los primeros, y en estratigrafía, para los segundos, posee un valor decisivo a la hora de definir cada uno de ellos.

No es extraño, por tanto, que ante la comparación de ambos tipos de yacimientos sean siempre más valorados los que pertenecen al segundo grupo, puesto que éstos ofrecen unos materiales contextualizados, la posibilidad de obtener información proveniente de fuentes complementarias (datos geomorfológicos o faunísticos) y de dispensar conclusiones cronológicas directamente relacionadas con los contextos de los que provienen.

Existe pues, y hablamos exclusivamente de yacimientos del Paleolítico inferior/medio en la Meseta, una compartimentación decididamente rígida de lo que pueden ofrecer ambos grupos de yacimientos, lo que tiende a infravalorar los materiales proveniente de sitios en superficie frente a los que se encuentran en posición estratigráfica de una forma determinante, convirtiéndose este hecho en una suerte de verdad poco discutida.

Esta postura tiene, a nuestro juicio, mucho de predisposición apriorística y a veces poco de justa reflexión, al convertirse casi en sinónimos los conceptos de yacimientos en posición estratigráfica e *in situ*. El hecho de que los materiales arqueológicos puedan ser documentados dentro de una matriz de sedimentos ha hecho equivocar con cierta frecuencia la concepción arqueológica con la geológica (para la que los materiales en estratigrafía sí poseerían la cualidad de *in situ*). Sin embargo, la realidad, como siempre ocurre en estos casos, está bastante más cargada de matices de lo que en un principio cabría esperar.

Para empezar, no es tan sólida la idea de que los yacimientos en estratigrafía carezcan por principio de mucha de la problemática imputable a los sitios superfi-

ciales. Parece conveniente resaltar la indicación de Santonja (1992: 41-42) que llama la atención sobre la gran cantidad de puntos intermedios que existen entre ambos polos (yacimientos en posición primaria-desplazados), lo que viene a desmontar las rigideces conceptuales antes aludidas.

La realidad es pues más compleja y parece que muchos conjuntos conservados en posición estratigráfica han sido afectados por procesos postdeposicionales, por ejemplo, tan intensos como puede haber ocurrido con los superficiales (Butzer, 1989: 101). Igualmente, siguiendo algunos estudios ya clásicos, parece que cada vez resulta menos clara la automática relación entre niveles estratigráficos y unidades arqueológicas con significado, como lo atestiguan algunos trabajos que han tratado de estudiar y discutir los procesos de formación de algunos sitios conservados en posición estratigráfica (Villa, 1982).

En relación a las consideraciones hechas por P. Villa, ambas categorías de yacimientos se acercarán aún más si tenemos en cuenta el hecho de que, como indica Dunnell (1992:35), *todos los depósitos enterrados* (que entrarían en la categoría de sitios en posición estratigráfica) *fueron en su día depósitos superficiales*. Todos los sitios enterrados, pues, habrían podido estar sometidos potencialmente a idénticos procesos, en muchos casos, que los superficiales y poseer, igualmente, una problemática similar.

Tras lo expuesto no es nuestra intención, en ninguna medida, discutir la importancia que tienen los registros conservados en posición estratigráfica, cuyo interés puede ser determinante en muchas ocasiones, pero sí llamar la atención sobre la necesidad de romper esa barrera psicológica que habitualmente se ha venido levantando entre estas evidencias y las superficiales.

Si muchas de las limitaciones propias de los yacimientos conservados en superficies contemporáneas, que según parece condicionan de manera notoria el grado de información que dispensan, son también imputables a los conservados en estratigrafía y, a pesar de ello, estos últimos no son cuestionados de manera tan estricta (Martín Blanco *et alii.*, 1994: 35), convendría tener más en cuenta este modo de proceder en futuras reflexiones.

Si, a pesar de la problemática asociada a algunos registros conservados en estratigrafía, como hemos visto, se tiende a aceptar la importancia científica de estos sitios, no entendemos por qué no ha de hacerse lo mismo con los yacimientos superficiales.

Las cualidades de unas u otras evidencias no deberían venir determinadas por tal prejuicio conceptual, sino por las características que, en uno u otro caso, posean los conjuntos. Se trataría de valorar las cualidades de los yacimientos para resolver problemas establecidos previamente, independientemente de la etiqueta que lleve el sitio en cuestión. Si existen yacimientos conservados en posición estratigráfica mejores y peores (alterados en muy diversas maneras), ¿por qué no puede ocurrir lo mismo con los yacimientos superficiales?

Lo que en principio parece una razonable estrategia de partida, se contradice con las tesis que discuten vivamente el papel de los sitios superficiales en la investigación paleolítica y dudan de sus posibilidades reales a la hora de aportar información innovadora sobre la realidad mesopleistocena en cualquier espacio territorial.

Sin embargo, sus capacidades o incapacidades dependerán de muchos factores, entre los que se cuentan las características del registro y el programa de investigación que se pretende llevar a cabo, aspecto –este último– determinante a la hora de plantear la investigación y de conducir los resultados.

Quizás si llegamos a tener en cuenta todas estas apreciaciones, podremos entender como la investigación arqueológica puede ser fructífera a partir de cualquier tipo de información dentro de la gran variedad de que disponemos, siempre y cuando el estudio parta de un marco teórico previamente establecido, acoplado a las características de cada caso, y no a un mismo patrón repetido en cualquier yacimiento, sean cuales sean sus cualidades y defectos.

Sabemos que no todos los yacimientos poseen características suficientes para aportar información de tipo social y económica, y que solamente existen algunos casos afortunados que exhiben registros de esta naturaleza. Esta escasez no sería tanto el problema como la pretensión de aspirar a un mismo nivel de información en sitios que, como los superficiales, no son buenos dispensadores de la misma.

Siguiendo a Clarke en su modelo para una metodología arqueológica (Clarke, 1984: 26 ss.) tanto la excavación de yacimientos en estratigrafía como el estudio de datos superficiales entrarían, sin distinción, en la *esfera del análisis contextual*, concepción teórica que aproxima definitivamente ambas categorías en un solo conjunto de observaciones disponibles para el análisis específico de los artefactos y la síntesis teórica.

A partir del reconocimiento y comprensión de estos argumentos, los yacimientos superficiales serían aceptados para su potencial investigación, recuperando, como punto de partida, su dignidad científica. En esta línea es donde debemos situar la idea de que *la distribución superficial de los artefactos constituye una apropiada fuente de datos arqueológicos independiente de los restos situados en el subsuelo* (contexto estratigráfico) (Dunnell y Dancey, 1983: 5). Esta concepción constituye, a nuestro juicio, un interesante voto de confianza depositado en los sitios superficiales como portadores de información efectiva.

Es en esta línea más optimista en la que se han venido elaborando diferentes propuestas de trabajo para la optimización de la información ofrecida por los registros superficiales. En este contexto se desarrolla la línea teórica que ha cristalizado con el uso de conceptos tales como arqueología extrayacimiento, *off-site* o *nonsite archaeology*, (Thomas, 1975; Foley, 1981; Dunnell y Dancey, 1983) encuadrado dentro de un enfoque paisajístico, con claras tendencias de estudio espacial o territorial, que analizaremos más adelante, como respuesta teórica que va más allá de la idea de yacimientos superficiales (Dunnell, 1992: 35), pero que irremediamente los acapara⁴.

Según muchas de las propuestas de investigación de esta línea el estudio intensivo de materiales superficiales parece haber sido efectivo y eficiente en ciertos casos (Lewarch y O'Brien, 1981: 298).

⁴ Dunnell opina que la línea teórica que no considera el yacimiento como unidad de análisis (*site-less view*) no debe equipararse simplemente con el estudio superficial. Sin embargo, el hecho de que la unidad de análisis y de interpretación sea no el sitio sino el artefacto convierte a los yacimientos superficiales en verdaderos protagonistas de este tipo de investigación.

Sin embargo, tras esta sucinta disquisición teórica que nos ha llevado a una línea de investigación, que más adelante analizaremos, conviene centrarse brevemente en el interés que posee la investigación sobre los procesos de formación en los trabajos que tratan con yacimientos superficiales, antes de analizar todas estas cuestiones.

3. LA IMPORTANCIA DE LOS PROCESOS DE FORMACIÓN EN LOS CONJUNTOS SUPERFICIALES Y LA TEORÍA POSTDEPOSICIONAL

Como señalaba Clarke, los procesos deposicionales y postdeposicionales asociados a la recuperación de materiales poseen una importancia esencial y todos estos aspectos, analizados tanto desde una óptica teórica como desde la experimentación, *deben ser abordados antes que cualquier análisis de los datos o de la interpretación del comportamiento* (Clarke, 1984: 16).

Según Lewarch y O'Brien (1981: 299) el análisis de estos mecanismos es fundamental en cualquier categoría de yacimientos por varias razones: –sólo a partir de la obtención de una buena comprensión de los factores actuantes en la formación de cada agregado puede elaborarse una investigación de tipo cuantitativo fiable; –los *contextos de recuperación* actuales son esenciales a la hora de documentar procesos postdeposicionales que, como ha quedado bien claro, no solo ha operado sobre materiales en superficie; –cualquier investigación de este tipo demuestra una gran complejidad en los procesos de formación que han creado los contextos de recuperación contemporáneos, complejidad que evita toda asunción apriorística sobre el potencial de cualquier material arqueológico, sea superficial o en estratigrafía, hasta que una investigación preliminar demuestre cuáles han sido los procesos que han afectado a los materiales y su grado de actuación.

La acotación de los complejos procesos de formación son entonces elementales a la hora de comprender contextos de recuperación y conocer su potencialidad de uso.

En la mayor parte de los casos el conocimiento que los arqueólogos tienen de estos procesos de formación y que aparecen descritos en los diferentes trabajos está basado en unos datos generales sobre el tipo de fuerzas actuantes en los diversos casos (Martín Blanco *et alii*, 1994: 18; Santonja, 1995: 434; Díez Martín, 1996a:55) y solamente en algunas ocasiones se han abordado trabajos iniciales sobre las características propias del tipo de fuerzas actuantes en series del Paleolítico inferior (Gutiérrez Morillo, 1993) aunque aún carecemos en la Meseta tanto de estudios de carácter experimental, que controlen la especificidad de nuestro medio geográfico (Santonja, 1993: 435), como de un cuerpo teórico que considere en sí la interacción de los procesos postdeposicionales en los yacimientos paleolíticos.

Puesto que los arqueólogos necesitan conjuntos representativos de materiales superficiales, una de las cuestiones preliminares esenciales a la hora de acercarnos a esta problemática es saber en qué medida las superficies actuales se diferencian de las antiguas, de los depósitos del subsuelo y de otras superficies contemporáneas (Lewarch y O'Brien, 1981: 300).

La mayor parte de éstas últimas, si no todas, han sido geomorfológicamente dinámicas durante el Cuaternario, con solo una fracción de sus formas coincidentes con los paisajes actuales. De este modo dichas superficies, en las que se enclavan

los contextos de recuperación, son necesariamente diferentes a las antiguas y, del mismo modo, diferentes entre ellas en virtud de mecanismos tanto antrópicos como de la dinámica de los procesos geomorfológicos⁵.

Entre los principales procesos de alteración valorados en los yacimientos paleolíticos superficiales de la Meseta destacamos los siguientes:

- *Acción de cursos de agua de carácter fluvial.* Entre los procesos erosivos de alteración, la actuación de las aguas es determinante. La mayor parte de conjuntos líticos de carácter superficial provienen de ambientes fluviales relacionados con los distintos niveles de terraza de los valles de los ríos meseteños. Parece ser que la ocupación de estos ambientes no solo sería fundamental entre los grupos humanos mesopleistocenos en la Meseta, sino que también sería precisamente en estos entornos donde las posibilidades de conservar materiales, tanto en estratigrafía como en superficie, sería más fácil. Así pues, la mayor parte de investigaciones se ha llevado a cabo tradicionalmente en los principales cursos fluviales, donde se han documentado los yacimientos más relevantes (Santonja y Pérez-González, 1984).

El conocimiento de la actuación de las fuerzas provenientes de la acción fluvial es, pues, de un gran interés, si como parece, una gran cantidad de yacimientos provienen de este medio.

A partir de la variada labor experimental y teórica existente en este campo (Cheetham, 1976; Turnbaugh, 1978; Foley, 1981; Schick, 1984, 1986, 1987a y b, 1991) se han establecido los siguientes principios sobre las fuerzas de tipo fluvial:

- *Alargamiento de los sitios.* Se trata de un proceso común en sedimentos fluviales, donde las diferentes fuerzas del agua actúan directamente sobre los materiales. Los vestigios de la actividad antrópica tienden a ser desplazados en dirección de la corriente de agua dominante. Los restos afectados por estas corrientes dependen de la fuerza de la misma y del grado de incidencia sobre los materiales depositados. En la Meseta se han documentado algunos casos en los que esos procesos se reconocen en estatigrafía, como en el yacimiento toledano de Pinedo (Santonja, 1992: 42-44) sometido a procesos de tracción.

- *Redistribución de artefactos.* En algunos casos el material afectado por las fuerzas del agua es depositado cerca del sitio original de abandono o desplazado con una intensidad variable, dependiendo de de la duración e intensidad de las corrientes actuantes. En general, sometidos los materiales a corrientes de intensidad media-alta, la pérdida de éstos se centra en las piezas de dimensiones más reducidas.

- *Reacumulación de artefactos.* En ciertas circunstancias es posible que se produzcan reagrupamientos de materiales aguas abajo. En general, estos fenómenos se producen en los casos en los que la velocidad de la corriente disminuye súbitamente de manera local y en aquellas áreas en las que existe algún obstáculo. Mediante la experimentación se ha observado cómo las mezclas en la reacumulación provoca un sesgo de heterogeneidad en las colecciones.

⁵ En este sentido, reconocemos dos grandes niveles teóricos en los proceso de formación: el derivado del comportamiento humano y el que se inscribe en la esfera de las fuerzas actuantes postdeposicionales.

• *Actividades agrícolas.* Aunque los efectos de esta actividad pueden actuar como complemento de cualquier otro tipo de procesos, entre los que se encuentran los efectos de carácter fluvial ya considerados, los traslados de materiales relacionados con el laboreo agrícola no suelen ser muy citados en los trabajos de la Mesa, posiblemente, como se indicaba más arriba, porque han prevalecido los sitios estudiados en áreas fluviales, donde los procesos dominantes han sido los producidos por las aguas.

Es poco habitual el estudio de yacimientos en otros entornos que no sean los fluviales. En esos casos predominan los sitios elevados, de origen precuaternario, cuyo significado es poco conocido por el momento (Santonja, 1992: 434). En este tipo de sitios, la presencia de materiales superficiales y los procesos postdeposicionales que virtualmente han incidido sobre ellos han sido atribuidos directamente al efecto del laboreo agrícola (Díez Martín, 1996b: 96).

Los trabajos que han abordado de manera experimental este tipo de fuerzas⁶ (Roper, 1976; Lambrick, 1977; Trubowitz, 1978; O'Brien y Lewarch, 1981; Haselgrove, 1985) han reconocido la incidencia de al menos los siguientes tipos de factores (Lewarch y O'Brien, 1981: 308): –desplazamientos horizontales; –desplazamientos verticales; –alteración de la forma y contenido de los conjuntos; –cambio en las condiciones y conservación de los conjuntos de artefactos.

Entre estos factores señalaremos los siguientes:

– *Los desplazamientos verticales.* Este tipo de perturbación agrícola es un proceso direccional y acumulativo. Los cambios son más intensos en las primeras sesiones de arado y su intensidad disminuye paulatinamente en las siguientes (Lewarch y O'Brien, 1981). Este proceso es responsable de la exposición de los materiales a los agentes naturales, principalmente el viento, que pueden provocar fenómenos de eolización sobre los individuos de manera diferencial.

– *Los desplazamientos horizontales.* Hemos visto cómo en los casos en los que existen fuerzas de agua actuantes se producen alargamientos de los sitios y patrones lineares de dispersión y redistribución. En este caso las fuerzas actuantes de tipo vertical se ven completadas con movimientos de carácter horizontal que desplazan de modo lateral los utensilios sacados a la luz, dependiendo de las dimensiones de los materiales o la duración y dirección del laboreo. Diversos estudios experimentales han demostrado que la incidencia de los desplazamientos de tipo vertical son menos serias que lo que muchos arqueólogos creían en un principio. Roper (1976), llegó a la conclusión de que el desplazamiento horizontal de los materiales se producía en un radio medio de no más de 5 metros entre piezas remontables. Trubowitz (1978), a partir de un estudio en el que se observaba el comportamiento de materiales líticos sometidos a estos procesos de laboreo agrícola durante un periodo de tres años, concluyó que “no hubo una variación significativa en los patrones de distribución de restos líticos a lo largo de los tres años que duró la observación de las labores agrícolas”.

⁶ Todos los estudios que conocemos en esta línea han sido elaborados en un entorno anglosajón. Desconocemos la existencia de experimentaciones similares llevadas a cabo en el ámbito español.

Aparte de la existencia de otro tipo de alteraciones postdeposicionales⁷, menos mencionados en nuestro entorno, el conocimiento de las dos citadas resulta fundamental a la hora de elaborar cualquier aproximación a la historia formativa de los conjuntos superficiales del Paleolítico inferior y medio de la Meseta, por lo que sería muy importante prestar atención a la comprensión de las dinámicas provenientes de los mismos.

4. LA PROBLEMÁTICA DE LOS YACIMIENTOS SUPERFICIALES. CONSIDERACIÓN CRÍTICA DE ALGUNOS DE SUS ASPECTOS

Como ya sabemos, se vienen considerando una serie de limitaciones por las que se tiende actualmente a *desconfiar* de las posibilidades de los yacimientos superficiales para resolver cuestiones de interés en arqueología paleolítica. Después de enumerar esas críticas, acotar someramente el marco conceptual en el que situar la dicotomía entre lo superficial y lo enterrado y hacer una pequeña incursión en los procesos de formación que tan importantes son en el caso que nos ocupa, parece conveniente considerar críticamente todos estos aspectos:

1. La incidencia de los procesos postdeposicionales vistos como un demérito que afecte exclusivamente a los sitios que no tienen la ventaja de encontrarse en un contexto estratigráfico se fundamenta en una idea un tanto preconcebida y aceptada comúnmente, en virtud de la cual los sitios en posición estratigráfica serían registros más o menos fosilizados en la época en la que se originaron. Estos yacimientos poseerían el privilegio de mantenerse libres de todos los procesos que sí afectarían al otro tipo de sitios.

Ya hemos visto que esta impresión es poco afortunada y que la alteración puede afectar potencialmente a cualquier tipo de depósito (Villa, 1982; Butzer, 1989). Como se ha indicado (Santonja, 1992: 42) no es posible seguir asumiendo la simplista división entre yacimientos desplazados e *in situ*, puesto que la realidad, parece estar llena de matizaciones que invalidan esta impresión reduccionista.

Ante la evidencia de que una gran variedad de procesos posteriores a la deposición pueden influir en cualquier conjunto, la postura más equilibrada consistiría, a nuestro entender, en el conocimiento de dichas fuerzas para, habiendo establecido una estrategia teórica inicial, llegar a discriminar en qué medida un tipo de yacimientos puede resolver las preguntas propuestas, sin elaborar una selección previa atendiendo únicamente a la categoría a la que éstos pertenecen.

La idea, en este sentido, es la inversa a la planteada por algunos autores: no discriminar con antelación un grupo concreto de sitios, sino más bien conocer la génesis de los mismos, controlando los procesos de formación para saber en qué medida pueden acoplarse con éxito a los objetivos perseguidos desde el comienzo.

⁷ Se incluyen otros procesos entre los que están los de tipo animal (alteración de los suelos producida por roedores e insectos); de naturaleza vegetal (producidos por raíces); los climáticos (acción térmica y eólica) y, sobre todo, otros derivados de la acción geológica como las fuerzas derivadas de la actuación de la gravedad o arrastre (Wood y Johnson, 1978; Lewarch y O'Brien, 1981, Allen, 1991).

El hecho, además, de que se reconozca la actuación de fuerzas naturales de alteración posdeposicional no tiene por qué limitar las potencialidades de investigación de los yacimientos. En el caso de aquellos que se han visto afectados por la actividad agrícola parece que las investigaciones experimentales llevadas a cabo en los últimos veinte años han demostrado como los efectos producidos por el arado son menos intensos de lo que se suponía en un principio. En el entorno de la Meseta parece que los desplazamientos de los materiales han permitido, en algunos casos, preservar unos ciertos patrones de distribución de los sitios y, posiblemente, unos entornos de hábitat no muy lejanos de sus emplazamientos primitivos (Díez Martín, 1996b: 97).

En el caso de los conjuntos que se han visto afectados por la actividad de los ríos, la situación es más problemática debido a una mayor y más variada intensidad de las fuerzas del agua, sobre todo cuando nos referimos a los cursos principales. A esto habría que sumar el hecho de que todos los estudios abordados con ese tipo de evidencias han sido dirigidos hacia el mismo esquema de actuación, el rastreo de series encuadrables en esquemas cronoculturales específicos. En todo caso, aún no se ha demostrado la ineficiencia efectiva de este tipo de yacimientos en investigaciones que partan desde otros puntos de vista, como los territoriales.

2. El hecho de que los yacimientos superficiales, por causa de las limitaciones que ya hemos comentado desde el principio de nuestra exposición, sean incapaces de aportar información valiosa sobre aspectos de cierta complejidad, como pudieran ser la economía y la subsistencia, debería ser matizado en cada caso particular.

Las posibilidades de interpretar yacimientos superficiales en relación con estrategias de hábitat o movilidad han sido puestas en tela de juicio por el evidente hecho de que sobre cada sitio, además de posibles reaccumulaciones no intencionadas de materiales, se producen solapamientos de artefactos que indican momentos o ciclos diferentes de ocupación de los distintos ambientes por parte de diferentes grupos humanos. Esta cualidad de los yacimientos superficiales es vista por algunos arqueólogos como una clara deficiencia en la posibilidad de ser interpretados. Según Ebert (1992: 9) esta opinión es solamente válida si se hace prevalecer el interés de los acontecimientos individuales e instantáneos. Sin embargo, ante sociedades altamente móviles, como las que nos interesan, el reconocimiento de puntos de actividad y manipulación en algún modo recurrentes cobraría mayor relevancia en un tipo de análisis de carácter regional o zonal.

Se ha de reconocer, por otro lado, que los yacimientos superficiales no son idóneos para preservar materiales de naturaleza más perecedera y débil que la industria lítica. Este es un problema evidente ante la gran destrucción que sufren otros restos asociados a los de la manipulación lítica en las condiciones de superficialidad (aunque la escasez de otras fuentes de inferencia es una característica que comparten un buen número de yacimientos conservados en estratigrafía). Por tanto, la ausencia de materiales complementarios de contrastación no nos permitiría la investigación sobre aspectos de economía y actividad subsistencial en cada sitio documentado, aunque no todos los arqueólogos están de acuerdo en cuales son las evidencias más idóneas para rastrear la dedicación económica de los grupos humanos en diversos momentos de nuestra historia. Algunos, en este

sentido, darían un importante papel al reconocimiento de patrones recurrentes de movilidad y uso del territorio en la interpretación de aspectos económicos (Ebert, 1992: 11).

3. La posibilidad de inferir datos cronológicos a partir de yacimientos superficiales es, a nuestro juicio, la deficiencia más clara y rotunda que padecen este tipo de conjuntos. Todas las pretensiones de establecer secuencias cronoculturales a partir de la variabilidad de la industria del achelense meseteño han sido problemáticas y parece que para una época como ésta no es aconsejable servirse únicamente de datos formales o tipológicos. Parece, además, que los apoyos provenientes de la geocronología, como las secuencias establecidas por los niveles de terrazas en los entornos fluviales, han de ser tomados en muchas ocasiones como aproximativos. La idea pues de obtener un control temporal firme a partir de estos conjuntos es inviable en estos momentos.

A pesar de ello, queremos dejar constancia de que la excesiva preocupación por resolver las cuestiones cronológicas y las claras deficiencias que en este sentido poseerían los yacimientos superficiales, vistos desde la perspectiva clásica de los sitios excavados, ha podido jugar un papel determinante, en algunos casos excesivo, en la visión netamente pesimista que se posee de los sitios superficiales.

Habría, quizás, que preguntarse si el planteamiento de los aspectos cronológicos ha de moverse, para el arqueólogo, inexcusablemente, en un marco tan rígido como el que usamos en estos momentos o podríamos permitirnos en un futuro la licencia de liberarnos del deber de ofrecer en todo momento datos que indiquen segmentos congelados en el tiempo como única vía posible para mostrar las conclusiones de la investigación acometida.

En todo caso, recapitulando sobre lo dicho en este apartado, las limitaciones que parecerían *insalvables* en los sitios superficiales frente a los situados en posición estratigráfica serían:

- Incapacidad de conservar materiales perecederos en relación con los líticos que puedan hacer luz sobre el tipo de actividades económicas y de aprovechamiento del medio llevadas a cabo en cada lugar específico.

- Imposibilidad de controlar la variable temporal a partir de datos cronológicos fiables y contrastados.

Ahora bien, ¿no observamos con demasiada frecuencia la misma situación respecto a yacimientos de mayor importancia? ¿es posible, por otro lado, aprovechar la información que sí podemos controlar en cada caso? y ¿en qué marco de actuaciones sería más viable la optimización de esa información?

5. UNA ALTERNATIVA PARA LOS YACIMIENTOS SUPERFICIALES: LA ARQUEOLOGÍA EXTRAYACIMIENTO Y EL ANÁLISIS DISTRIBUCIONAL

Desde hace ya algunos años el medio anglosajón (Thomas, 1975; Foley, 1981a y b; Dunnell y Dancey, 1983) ha conocido el desarrollo de una línea teórica, no muy seguida en nuestro entorno, en la cual el interés de los yacimien-

tos superficiales es fundamental y prioritario frente a los sitios conservados en el subsuelo al basarse no tanto en los sitios como unidades morfológicas de análisis sino en los artefactos, unidad básica de investigación en arqueología, recordemos⁸.

En palabras de Foley (1981: 157) *los materiales arqueológicos son espacialmente continuos*, por lo que *el sitio* (entendido como yacimiento tradicional, preservado en un contexto estratigráfico definido) *puede no ser el medio más adecuado de análisis*.

Esta misma idea es aceptada por Dunnell y Dancey (1983:272) quienes consideran que la distribución continua de artefactos por la superficie es un aspecto primordial frente al sitio en sí mismo. Esta concepción hace prevalecer la variabilidad en la densidad de artefactos y la comprensión por parte del arqueólogo de las unidades de asociación con significado a través de los diversos procesos de deposición que han venido actuando (Dunnell, 1992: 36).

Lo que, en definitiva se pretende es variar la escala de trabajo, haciendo hincapié en la asociación de artefactos a lo largo de un determinado espacio sobre el yacimiento, lo que ha conducido a una serie de investigaciones de carácter espacial, territorial a partir de estos principios básicos de distribución de artefactos (Rossignol y Wandsnider, 1992). De este modo el uso del recurso teórico llamado yacimiento no sería estrictamente necesario.

En este tipo de aproximaciones la aportación de los yacimientos superficiales (a pesar de que se evita la categoría heurística de sitio o yacimiento) puede ser importante, por cuanto que en su valoración salen fortalecidos los aspectos en los que son menos discutibles.

Existe un conjunto de trabajos, enmarcados una línea de enfoque paisajístico que han pretendido llevar a cabo un análisis de tipo territorial en áreas concretas a partir del estudio de materiales superficiales en relación a sus entornos geográficos y a la frecuencia de distribución de sitios y artefactos (Lewarch y O'Brien, 1981: 319). En estos casos se ha considerado que los materiales superficiales son muy apropiados para solucionar problemas de tipo local o regional, frente al yacimiento tradicional en estratigrafía, sobre todo en lo que concierne a la investigación sobre la distribución espacial de los sitios en la línea de la reconstrucción de los sistemas de asentamiento.

Todas estas aproximaciones dan una gran importancia al estudio de los procesos de formación que han afectado a los diversos conjuntos, así como a la comprensión y análisis de las paleosuperficies, pretendiendo la búsqueda de la relación entre el análisis geomorfológico de los paisajes y los modelos que examinan las relaciones entre las estrategias de asentamiento prehistórico y la estructura y cambio de los paisajes (Russell Stafford, 1995: 70).

Además de trabajos centrados en el desarrollo del marco teórico que acabamos de comentar (Russell Stafford, 1992; 1994; 1995), existen otros que han hecho hin-

⁸ *Off-site o non site archaeology* en la literatura anglosajona.

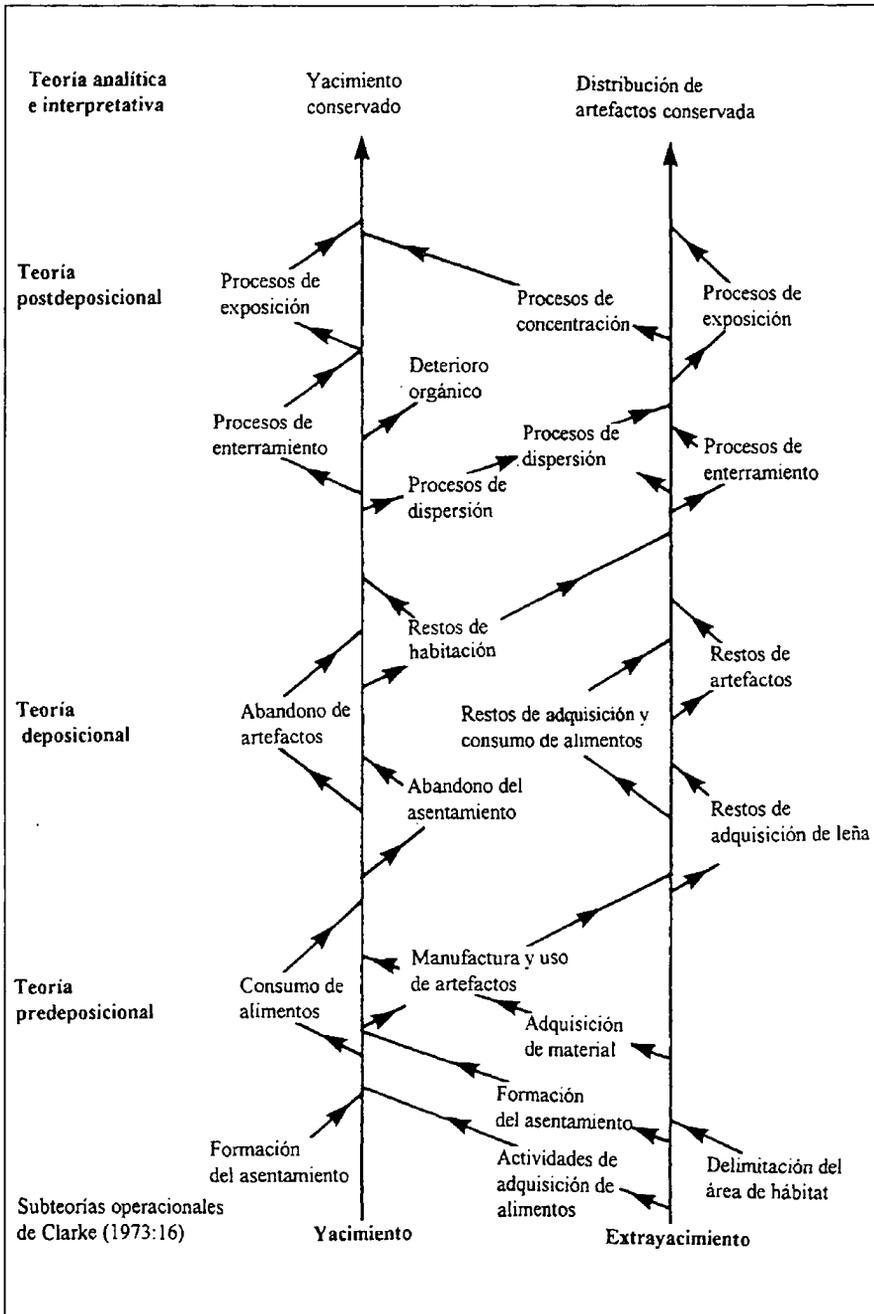


Fig. 1. Desarrollo de la información yacimiento y extrayacimiento según Clarke (1973: 16). (Fuente Foley, 1982: 179).

capié en la interpretación de sistemas de adaptación y movilidad en el territorio para diferentes ejemplos de sociedades de cazadores-recolectores (Camilli y Ebert, 1992; Stafford y Hajic, 1992). Del mismo modo, se han llevado a cabo diversos estudios sobre organización tecnológica a partir de la investigación de la distribución de las estrategias tecnológicas a escala regional (Nelson, 1991: 86).

Para estas líneas de investigación el registro arqueológico superficial sería fundamental en el planteamiento y resolución de cuestiones de carácter antropológico basadas en la movilidad, abastecimiento de materias primas y uso del territorio por parte de los sistemas humanos. (Ebert, 1992: 11).

Desde la perspectiva del registro arqueológico superficial tanto los grupos humanos como los artefactos, el carácter de movilidad o el medio ecológico son componentes que están continuamente interactuando, por lo que la relación entre las cualidades del territorio y los materiales culturales es ya de por sí una fuente de información válida.

Parece, pues, que esta corriente científica, de marcado carácter procesual por otro lado, está siendo asumida por un nutrido grupo de investigadores que consideran que la posibilidad de elaborar investigaciones concluyentes a partir de los materiales arqueológicos, tal y como aparecen distribuidos en el espacio, puede aportar conclusiones válidas y aprovechables en la investigación. Las corrientes de la arqueología distribucional, extrayacimiento o del paisaje ofrecen un marco teórico en el que los artefactos superficiales tienen un papel preponderante en los intentos de reconstruir la interacción del hombre con el medio en el que éste se desenvuelve.

A pesar de que ya existe una muy meritoria línea de investigación teórica y práctica en la arqueología del paisaje en España (Orejas, 1995) centrada, por otro lado, en etapas más modernas de nuestra prehistoria, en nuestro entorno solamente sabemos de algunas vagas referencias acerca de cierta investigación de carácter espacial a partir del achelense meseteño (Giménez González *et alii*, 1987: 158) aunque desconocemos, por desgracia, su planteamiento y conclusiones.

Hubiera sido de gran interés poder contar con alguna experiencia sobre este tipo de trabajos, con la idea de poder valorar los resultados de una manera más directa. Sin embargo esta línea teórica de investigación, con desarrollos metodológicos propios y adaptados, parece no haber obtenido demasiada atención o no ser depositaria de suficiente confianza en su posible éxito o viabilidad a juzgar por la ausencia de propuestas de este talante. De hecho, para algunos investigadores la aportación que los análisis de tipo territorial y geográfico pueden ofrecer al conocimiento de nuestro Paleolítico es poco relevante (Martín Blanco *et alii*, 1994).

Aunque ya hay estudios clásicos que han realizado aproximaciones en esta línea encaminados a conocer la distribución de sitios en la Meseta del Duero y lanzar algunas interpretaciones sobre la distribución de los conjuntos a lo largo del territorio (Santonja, 1993, 1996), lo cierto es que carecemos de investigaciones a escala más reducida que intenten establecer esta metodología en marcos más precisos, salvo algunos estudios que abordan el tema en un tono netamente preliminar (Arnáiz, 1992).

En este sentido creemos que la interpretación territorial a escala local o zonal podría ser una vía de investigación posible a la hora de aprovechar todo un *corpus* de información procedente de yacimientos superficiales. Es posible que esta línea

de análisis deba ser selectiva y que no todos los conjuntos de estas características puedan resolver convenientemente los problemas planteados.

Podrían considerarse aportaciones con éxito e interesantes ante la combinación de varios, o todos, de los puntos sugeridos a continuación:

– La existencia de un *marco teórico previo* de actuación que adecue desde el comienzo las estrategias de investigación con los datos disponibles. Solamente estableciendo las líneas de trabajo con antelación será posible optimizar la información aportada por los sitios superficiales. La pretensión de abordar estudios de carácter territorial en determinadas áreas de interés o de rastrear patrones de distribución podría generar un marco metodológico que revalorizara el valor de los datos arqueológicos de tipo superficial.

– El estudio de *áreas geográficamente homogéneas*, con personalidad propia, en la que se puedan definir una serie de características continuas o coherentes. El estudio de la realidad paleolítica en áreas geográficamente bien delimitadas puede dotar de un marco de coherencia interna a los proyectos de investigación. En este sentido confiamos en la posibilidades que podría tener la aplicación de una investigación distribucional a espacios tales como el páramo del sureste vallisoletano en el que ya se han llevado a cabo pequeñas aproximaciones a lo que consideramos una realidad singular del Paleolítico de la zona (Díez Martín, 1996b).

– El estudio de áreas en las que se posea un *control efectivo de los procesos postdeposicionales* que han actuado sobre los materiales líticos y la variedad de los mismos. La investigación geoarqueológica en los trabajos que siguen la línea de la arqueología distribucional tienen, como hemos visto, una importancia sustancial para su desarrollo. En este sentido creemos que las labores de investigación localizadas en sitios en los que podamos controlar la homogeneidad o diversidad de los procesos postdeposicionales y conocer su tafocenosis gozaría de grandes ventajas. Convendría, por ejemplo, dedicar algún esfuerzo a la comprensión e investigación de los procesos mecánicos introducidos por el laboreo agrícola en nuestro entorno, tal y como se viene realizando en otros países.

– El estudio de áreas en cuyo ámbito se haya definido alguna *secuencia estratigráfica* que pueda servir como punto de referencia en la combinación de informaciones. Es posible que en los casos en los que disponemos de yacimientos en posición estratigráfica con una secuencia de datos complementarios de inferencia (Atapuerca, Ambrona-Torralba como los más conocidos y otros) la aplicación de una investigación encaminada a obtener información complementaria de tipo territorial pueda aprovechar de manera efectiva la información disponible a partir de los datos superficiales, en la línea de lo ya realizado en algún caso.

A nuestro juicio la posibilidad de acceder a registros superficiales estratégicos y de buena calidad pueden ser muy valiosos en sí mismos, como portadores de información, y en relación con otro tipo de yacimientos, bien sean superficiales también o con estratigrafías disponibles. En estos casos estos materiales son idóneos para el análisis e interpretación del poblamiento paleolítico en relación al espacio geográfico y no tanto como portadores de datos obtenidos desde la óptica tradicional de registro arqueológico con estratigrafía, frente a los que siempre quedarán en inferioridad de condiciones.

6. CONSIDERACIONES FINALES

Hemos visto como en los últimos tiempos asistimos a una depreciación de los yacimientos situados en superficie por parte de algunos investigadores. Se han expuesto una serie de razones por las cuales este tipo de sitios no podría ofrecer información de interés y novedosa sobre cuestiones de alcance en arqueología paleolítica.

Según estas líneas de investigación las posibilidades de estos recursos informativos quedarían reducidas a la repetición de poco novedosos repertorios tipológicos y, a lo sumo, podrían servir para elaborar unas muy generales apreciaciones geográficas sobre el ambiente ecológico en el que se sitúan los yacimientos.

A nuestro juicio esta visión tiene sus raíces tanto en un concepto repetitivo de las estrategias de investigación utilizadas (que como sabemos se han limitado tradicionalmente a un análisis industrial a partir del cual elaborar pretendidas secuencias cronoculturales), como en la aplicación del mismo tipo de expectativas que se persiguen en los yacimientos con estratigrafías. Ambas líneas, sobre todo la segunda, conducen irremediablemente a la frustración cuando se pretende aplicar idénticos patrones de actuación a todos los sitios.

En un análisis detallado y crítico observaremos cómo existen algunos procesos que pueden afectar igualmente a ambas categorías de yacimientos (los que tienen que ver con la formación de los sitios), que no deberían ser causa de discriminación en ningún caso, sino punto de partida de la investigación.

Sin embargo, es una realidad indiscutible que los yacimientos superficiales no tienen capacidad para conservar fuentes complementarias de información (fauna, polen), y resuelven de manera tremendamente vaga e imprecisa la cuestión temporal. En estos sentidos siempre estarán en condiciones de inferioridad frente a determinados sitios en estratigrafía que, reconocemos, siguen siendo potencialmente registros del máximo interés para la investigación paleolítica.

A pesar de ello, dejando clara la supremacía de ciertas estratigrafías para resolver algunas cuestiones esenciales⁹, varios arqueólogos (basándose en la construcción de ciertas líneas teóricas e interpretativas) han querido confiar en los yacimientos superficiales la resolución de algunas cuestiones de tipo zonal o espacial, también para sociedades de cazadores-recolectores.

Esta vía, que potenciaría sin duda las cualidades de los sitios en superficie, no ha sido hasta el momento probada en los sitios paleolíticos de nuestro entorno, salvo en apreciaciones generales aplicadas a todo el ámbito de la Meseta.

Creemos, finalmente, que es necesario lanzar una reflexión sobre esta vía de investigación y las posibilidades que potencialmente pudiera ofrecer, partiendo de una actitud crítica hacia los resultados obtenidos hasta el momento. Por desgracia no abundan los yacimientos con estratigrafías de calidad en el mundo del Paleolítico inferior y medio de nuestro ámbito. Esta realidad relacionada con una exclusiva atención a este tipo de sitios, inamovible por el momento, reduciría nuestras posi-

⁹ Desde luego el control temporal lo es. Consideramos que la posibilidad de obtener información cronológica fiable o incluso de tipo numérico es una aspiración fundamental en arqueología paleolítica.

bilidades de trabajo al continuo estudio y revisión de los yacimientos más importantes conocidos hasta ahora, lo cual, a pesar de las limitaciones, no dejaría de ser interesante por las continuas aportaciones y renovación de ideas que esta actitud pudiera generar; mantenerse a la espera de que aparezca una buena y nueva secuencia que poder estudiar, postura, desde nuestro punto de vista, demasiado cómoda; o, por qué no, otra actitud posible podría ser la de renunciar al estudio del Paleolítico mientras no se cuente con nuevos yacimientos que reúnan las características requeridas por los investigadores (Jiménez *et alii*, 1996: 95-98).

Desde luego las dos últimas opciones son poco razonables. Quizás, dentro de una renovada confianza en las posibilidades que puedan aportar los yacimientos superficiales, existan áreas en las que podrían probarse metodologías para la aplicación de la investigación zonal y territorial al Paleolítico teniendo como punto de referencia principal las distribuciones y organizaciones superficiales y, hasta que no se demuestre lo contrario, no podemos desechar a la ligera las posibilidades de esta fuente de información.

En este punto, considero que la siguiente reflexión es una lúcida e intuitiva queja que también puede ser aplicada de un modo tremendamente oportuno al uso que se ha hecho y que se puede hacer de los yacimientos superficiales, y que resume con gran acierto la cuestión que hemos pretendido desarrollar en estas páginas: *Hay yacimientos, por desgracia, a los que se les interroga sobre lo que no pueden informar, mientras a otros no se les pregunta precisamente aquello que están en condiciones de decir.* (Santonja, 1992: 8)

BIBLIOGRAFÍA

- ALLEN, M. J. (1991), "Analysing the landscape: a geographical approach to archaeological problems". En Schofield (ed.): *Interpreting artefact scatters*: 39-57. Oxbow.
- ARNÁIZ, M. A. (1990), "Las ocupaciones de San Quirce de Río Pisuerga: Reflexiones sobre la utilización del espacio y sus implicaciones". *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVI: 25-37.
- BINFORD, L. R. (1992), "Seeing the present and interpreting the past- and keeping things straight". En Rossignol y Wandsnider (eds.): *Space, time and archaeological landscapes*: 43-64. Plenum Press.
- BENITO DEL REY, L. (1990), "El Paleolítico inferior en la provincia de Zamora". *Actas del I Congreso de Historia de Zamora*, II (Zamora, 1992): 11-52. Instituto de Estudios Zamoranos.
- BUTZER, K. (1989), *Arqueología. Una ecología del hombre*. Ediciones Bellaterra. Barcelona.
- CAMILLI, E. y EBERT, J. (1992), "Artifact reuse and recycling in continuous surface distributions and implications for interpreting land use patterns". En Rossignol y Wandsnider (eds.): *Space, Time and Archaeological Landscape*. 113-136. Plenum Press.
- CASTELLANOS, P. (1986), "El Paleolítico inferior en la Submeseta norte. León". Instituto Fray Bernardino de Sahagún. Excma. Diputación Provincial. León.
- CHEETHAM, G. M. (1976), "Palaeohydrological investigations of river terraces gravels". En (Davidson y Shackley eds.) *Geoarchaeology*. Duckworth. 335-344.
- CLARKE, D. L. (1973), "Archaeology: loss of innocence". *Antiquity*, 47: 7-18.
- (1984), *Arqueología analítica*. Ediciones Bellaterra. Barcelona.

- DÍEZ MARTÍN, F. (1996a), "El Paleolítico inferior en el valle medio del Duero. Los yacimientos de Tovilla y Las Cotarras (Tudela de Duero y Traspinedo, Valladolid). Análisis de la industria lítica en medio fluvial". Tesis de Licenciatura leída en la Universidad de Valladolid. Inédita.
- (1996b), "Aproximación al fenómeno paleolítico en el páramo del sureste vallisoletano". *Zephyrus*, 49: 75-107.
- DUNNELL, R. (1992), "The notion site". En Rossignol y Wandsnider (eds.): *Space, Time and Archaeological Landscape*. 21-41. Plenum Press.
- DUNNELL, R. y DANCEY, W. (1983), "The siteless survey. A regional scale data collection strategy". *Advances in Archaeology Method and Theory*, 6: 267-287.
- EBERT, J. I. (1992): *Distributional archaeology*. University of New Mexico Press. Albuquerque.
- FOLEY, R. (1981)a, "Off-site archaeology. An alternative approach of the short-sited". En Hodder, Isaac y Hammond (eds.): *Pattern of the Past. Studies in honour of David Clarke*. 157-183.
- (1981)b, "Off-site archaeology and human adaptation in eastern Africa: Analysis of regional artifact density in the Ambroseli, Southern Kenya". *British Archaeological Reports International Series*, 97.
- GIMÉNEZ GONZÁLEZ, M. C.; MARTÍN BENITO, J. I. y BENITO ÁLVAREZ, J. M. (1987), "El yacimiento achelense de Rincón (San Muñoz, Salamanca). Contribución al estudio de un yacimiento achelense de superficie. Primera parte: Metodología. Estudio del grupo de los bifaces". *Studia Zamorensia Historica*, VIII: 151-188. Universidad de Salamanca.
- GUTIÉRREZ MORILLO, A. (1993), "Algunas alteraciones postdeposicionales en los yacimientos del Paleolítico inferior de la Cuenca del río Alagón (Cáceres)". *Arqueología espacial*, 16-17. *Procesos postdeposicionales*: 133-142.
- HASELGROVE, C. (1985), "Inference from Ploughsoil artefact samples". En Haselgrove, Millet y Smith (eds.): *Archaeology from the Ploughsoil. Studies in the collection and interpretation of field survey data*. University of Sheffield. 7-30.
- JIMÉNEZ, A; MARTÍN, P; SANGUINO, J y GÓMEZ, J. A. (1996), "El gran abanico fluvial del Guadiana alto. Reflexiones en torno al concepto de yacimiento". *Zephyrus*, XLVIII: 75-100.
- LAMBRICK, G. (1977), "Archaeology and agriculture. A survey of modern cultivation methods and the problems of assessing plough damage to archaeological sites". *Oxfordshire Archaeological Unit Survey*, 4.
- LEWARCH, D. y O'BRIEN, M. (1981), "The expanding role of surface assemblages in archaeological research", *Advances in archaeological method and theory*, 4: 297-342.
- O'BRIEN, M. y LEWARCH, D. (eds.) (1981), "Plowzone archaeology: contributions to theory and technique". Vanderbilt University Publications in Anthropology.
- MARTÍN BLANCO, P; JIMÉNEZ MANZANARES, A.; SANGUINO GONZÁLEZ, J. y GÓMEZ LAGUNA, A. J. (1994), "Identificación de cadenas operativas líticas en el sitio arqueológico de Casa de la Mina II (Argamasilla de Alba, Ciudad Real). Consideraciones acerca de los yacimientos superficiales sin contexto estratigráfico". *Zephyrus*, XLVII: 15-40.
- NELSON, M. C. (1991): "The study of technological organization". *Advances in Archaeological Method and Theory*, 3: 57-100.
- OREJAS, A. (1995): *Del marco geográfico a la arqueología del paisaje*. Monografías, 15. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.
- QUEROL, M. A. (1990), "Desde el Pleistoceno: La génesis de un yacimiento". *Xàbiga*, 6: 12-18.

- ROPER, D. C. (1976), "Lateral displacement of artifacts due to plowing". *American Antiquity*, 41: 372-374.
- ROSSIGNOL, J. y WANDSNIDER, L. (eds.) (1992), *Space, time and archaeological landscapes*. Plenum Press. Nueva York.
- RUSSELL STAFFORD, C. (1992), "Prehistoric settlement and landscape change on alluvial fans in the Upper Mississippi river valley". *Geoarchaeology: An international Journal*, 7, 4: 287-314.
- (1994), "Structural changes in archaic landscape use in the dissected uplands of southwestern Indiana". *American Antiquity*, 59, 2: 219-237.
- (1995), "Geoarchaeological perspectives on palaeolandscapes and regional subsurface archaeology". *Journal of Archaeological Method and Theory*, 2, 1: 69-104.
- RUSSELL STAFFORD, C. y HAJIC, E. (1992), "Landscape scale. Geoenvironmental approaches to Prehistoric settlement strategies". En Rossignol y Wandsnider (eds.): *"Space, Time and Archaeological Landscape"*. Plenum Press. 137-161.
- SANTONJA, M. (1992), "La adaptación al medio en el Paleolítico inferior de la Península Ibérica. Elementos para una reflexión". En Moure Romanillo (ed.): *"Elefantes, ciervos y ovi-caprinos"*. Universidad de Cantabria. Santander. 37-76.
- (1993), "El Paleolítico inferior en la Submeseta norte y en el entorno de Atapuerca. Balance de los conocimientos en 1992". Actas del Congreso *Evolución humana en Europa y los yacimientos de Atapuerca* (Medina del Campo, 1995): 421-444. Junta de Castilla y León. Valladolid.
- (1996), "The Lower Palaeolithic in Spain: sites, raw material and occupation of the land". En Maloney, Raposo y Santonja, (eds): *Non-flint stone tools and the Palaeolithic occupation of the Iberian Peninsula. British Archaeological Reports International Series*, 649: 1-20.
- SANTONJA, M. y PÉREZ-GONZÁLEZ, A. (1984), "Las industrias Paleolíticas de La Maya I en su ámbito regional". *Excavaciones Arqueológicas en España*, 135. Ministerio de Cultura. Madrid.
- SANTONJA, M. y VILLA, P. (1990), "The Lower Paleolithic of Spain and Portugal". *Journal of World Prehistory*, 4, 1: 45-94.
- SCHICK, K. (1987), "Experimentally-derived criteria for assessing hydrologic disturbance of archaeological sites". *British Archaeological Reports International Series*, 352: 86-107.
- (1987), "Modeling the formation of Early Stone Age artifact concentrations". *Journal of Human Evolution*, 16: 789-87.
- (1991), "On making behavioral inferences from early archaeological sites". En D. Clark (ed.): *"Cultural Beginnings. Approaches to understanding early hominid life-ways in the African Savanna"*. Union Internationale des sciences Préhistoriques et Protohistoriques. 79-107.
- (1992), "Geoarchaeological analysis of an Acheulean Site at Kalambo Falls". *Geoarchaeology: An International Journal*, 7, 1: 1-26.
- THOMAS, D. (1975), "Nonsite sampling in Archaeology: Up the Creek without a site?". En J. W. Meuller (ed.): *Archaeological Sampling*. University of Arizona. 61-81.
- TRUBOWITZ, N. L. (1978), "The persistence of settlement pattern in a cultivated field". En W. Engel Brecht y D. Graison (eds.): *"Essays in Northeastern Anthropology in memory of Marian E. White. Occasional Publications in Northeastern Anthropology"*, 5. 41-66.
- TURNBAUGH, W. A. (1978), "Floods and archaeology". *American Antiquity*, 43: 593-607.
- VILLA, P. (1982), "Conjoinable pieces and site formation processes". *American Antiquity*, 47: 276-290.
- WOOD, W. R. y JOHNSON, D. L. (1978), "A survey of disturbance processes in archaeological site formation" *Advances in Archaeological Method and Theory*, 1: 315-381.